



LA MUJER DEL MINERO

Tomás Herrera

LA MUJER DEL MINERO



Primera edición: abril de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Tomás Herrera

ISBN: 978-84-19151-84-1

ISBN digital: 978-84-19151-85-8

Depósito legal: M-11428-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A los que hoy están, ellos saben quiénes son.

AGR

1

Cuando levanté el teléfono al otro lado del Atlántico, mi padre me dijo que estaba tendiendo la ropa en el balcón de la casa, y sospeché que algo grave ocurría.

Era difícil imaginar que un hombre incapaz de poner el mantel sobre la mesa a la hora de comer, supiera siquiera cómo colgar su ropa interior del tendedero.

Yo, en México, asumiendo por fin mis distancias.

Él, en Palencia, tendiendo la ropa en un vano intento por fingir normalidad.

Mi madre se moría y eso hacía imposible toda lógica.

Tenía que volver a España y no sería un viaje más.

Más, que volver, sería empezar a irme del todo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, dude sobre lo que tenía que hacer.

Mi amigo Laureano Cabeza de Vaca, un controvertido empresario sonorense, se dio cuenta de mi aturdimiento y me dijo que no me preocupara, que él se encargaría del billete de avión. Estaba habituado a encargarse de todo; lo que le había provocado más problemas de los que jamás era capaz de reconocer, pero no escarmentaba y seguía fiel a su estilo de no delegar en nadie.

Mientras hablábamos de mi viaje inminente, lo noté preocupado o nervioso, pero de una manera desconocida en él. Mostrar debilidad no era propio de su personalidad. Necesitaba hablar conmigo, me dijo por teléfono. Yo comía con mis hijos en el Hotel San Sebastián, en la salida de la carretera a Guaymas, la ciudad portua-

ria del noroeste de México y el entronque rumbo al sur, viniendo de la frontera de los Estados Unidos. Era domingo, pero él llegó alborotado, tenía prisa por dejar sus asuntos lo más encarrilados posible porque al día siguiente volaba hacia Europa. Su hija mayor había decidido estudiar diseño de modas en París y la acompañaba al Viejo Continente.

—Quiero confidenciarte algo, nadie lo sabe, eres el primero, además también quiero que me aconsejes sobre si se lo cuento o no a mi mujer. De Tijuana vinieron a secuestrarme. Algo pasó que no lo hicieron. Pero por primera vez estoy asustado.

—¿Cómo lo supiste? —le interrogué.

—En una borrachera de mafiosos se fueron de la lengua. Uno dijo: «Venimos a secuestrar a Cabeza de Vaca». Y alguien saltó y les gritó a bocajarro: «¡No me jodas, cabrón, ese es un paquete grueso! Laureano tiene cientos de trabajadores en la ciudad y nos van a dar en toda la madre si desaparece!».

—¿Y qué pasó?

—No me secuestraron, pero tampoco se iban a ir con las manos vacías. Ellos fueron los del asalto bancario de la semana; de quien la prensa dice, que la Policía dice, desconocer quiénes son los artífices del delito. Ese alguien, el que les previno, resultó ser un conocido y en los días siguientes estuvo insistente para que Domitila, mi secretaria, permitiera que lo recibiera. Y, ya en corto, me comentó que el güero, un individuo que trabaja en una empresa de agua purificada de un compadre mío, es el enlace en Hermosillo, de uno de los carteles fuertes de Tijuana. Le seguí el rastro al tal güero, hasta que di con el pendejo. Pero uno de los comandantes de la Procuraduría General de Justicia, con el que tengo confidencialidad, me sugirió dejarlo en sus manos... «Te pasaron una», me comentó muy seguro, «pero esta gente jamás te da otra segunda oportunidad». No obstante, yo voy a seguir mis propias investigaciones. ¡Ni madre me fío de los cuerpos de seguridad mexicanos!

Cuando me llamaron de la agencia de viajes Laureano ya volaba hacia la ciudad de la luz, imagino que para airear sus miedos pa-

seando por las galerías del Louvre o los laberintos del bosque de Boulogne. Yo le prometí que, hasta mi viaje, estaría al pendiente de sus hijos pequeños. No era mucho consuelo, pero necesitaba tener un gesto de mi parte ante su valentía de no suspender el viaje con su mujer y su hija y seguir con su agenda.

Cuando vi el desorden de fechas y horarios de mi billete de avión, comprendí el estado de ánimo que debió tener Laureano.

Todo estaba al revés de como yo le había pedido.

El sábado 21 de agosto se casaba mi primer hijo, sin embargo, yo necesitaba salir urgentemente para España. Podía cumplir con ambos objetivos si en familia hacíamos una buena planificación. Pero el billete me llegó demasiado enredado: sábado 21, a las 15 horas p. m., salida para el DF... Yo tenía que estar a las 19:30 en la boda.

Así que mientras mi amigo estaba volando, yo corría a pelearme con la administradora de la agencia de viajes por los 150 dólares que pretendía cobrarme por el cambio de fechas.

Cada minuto contaba.

Mi padre me había dicho que no era conveniente esperar más.

En los últimos dos meses hablábamos casi a diario para informarme del estado de la enfermedad de mi madre. Nadie pensaba que todo pudiera ser tan rápido y, creo que yo, deseaba también retrasar el viaje de modo inconsciente, para no asumir lo que suponía. Nunca me dijo «Vente», a lo más que llegó fue a decirme que el diagnóstico era preocupante. Pero la forma en que lo dijo, me decidió.

Él sabía que la boda de mi hijo me ilusionaba mucho, pero habíamos jugado demasiadas veces a posponer las dos cosas, mi salida a España, y las fechas que la pareja de enamorados sugería.

Definitivamente, ahora las cosas se habían adelantado y era el momento de dejarlo todo y acudir a despedirme de mi madre.

2

Aeroméxico nos regalo una muestra de puntualidad de precisión suiza, y mis nervios se aflojaron beneficiados por la suerte del asiento 9B, buen lugar, sin ruido de motores y facilidad inusitada para estirar las piernas.

Además, cosa rara, el asiento a mi lado estaba vacío.

Sin embargo, curiosamente, no lo sentí *vacío*: sentí como si alguien estuviera sentado en ese asiento vacío. Me dije que, entre las emociones de las que venía y las emociones hacia las que estaba a punto de volar, no era nada anormal experimentarme extraño.

Llevaba 34 años viviendo en el noroeste de México, en la ciudad de Hermosillo, y en ese tiempo había viajado muchas veces a España. De visita. Cada vez más, de visita y menos con pretensión de regresar al Viejo Continente.

Mientras el avión despegaba y volaba sobre la ciudad capital, DF, luego de haber realizado el oportuno trasbordo que me trajo del norte del país, empecé a contemplar desde las alturas, esa urbe infinita y alborotada que siempre que me encontraba en ella me contagiaba de sus generosas emociones. Un enclave humano formado por millones de individuos, la mayoría de ellos llegados de lugares muy diferentes, como yo, que también eran alguien de otro lado, ese otro lado al que volvía ahora para decir adiós a mi madre y mis raíces.

Había «ido» muchas veces a España.

Nunca había vuelto a España.

De pronto sentí que era la primera vez que comenzaba a hacer algo por última vez. El asiento vacío pero ocupado por una pre-

sencia invisible, me lo ratificaba de una manera que yo no podía explicar, pero sí podía sentir.

Treinta y cuatro años. No me pesaban como si fueran muchos, pero ahí estaban. Yo me visualizaba el mismo de entonces, o casi. ¿Lo era? Me dio por preguntarme. ¿Quién sería ahora de haberme quedado en España? «El mismo», me contesté demasiado rápido. También supuse que quizás no. Que cada pequeña decisión que tomas te lleva por un camino diferente, paralelo a veces, pero siempre diferente y obligado a considerar los siguientes cruces con los que te encuentras, aunque te alejen, cada vez más, del punto primero de partida.

Para despejar la solemnidad del pensamiento, me dije que cuando te vas de un lugar importante, una parte de ti se queda ahí, en el territorio de lo que pudo haber sido y no fue, y, que, a lo mejor, el yo, que se quedó allá, en Palencia, era quien había venido a buscarme para hacer juntos el viaje que cambiaría mi vida, o, muchas de las cosas que pudieron haberse trastocado a lo largo de estas poco más de tres décadas.

Por eso el asiento vacío lo presentí ocupado. Quien ahí estuviera me empujaba a reflexionar por encima de lo que yo tenía planeado, dormir, dejarme llevar y dormir. El yo que pude ser en España viajaba conmigo. Me había venido a buscar y hacíamos juntos el viaje de regreso. ¿Cómo explicarle a mi extranjero acompañante mi nuevo mundo? Ese México revuelto y querido, al que después de tantos años ya había hecho mío, aunque para él yo siguiera siendo un ciudadano extraño.

Miré por la ventanilla. Observé.

Un cielo agridulce cubría la metrópoli capitalina, y desde esa observación aérea me vino a la mente no solo la grandiosidad del Distrito Federal, sino la increíble belleza de un país, tan completo, que siempre quise asociar con el supuesto paraíso bíblico de la creación, si es que existió alguna vez. Un lugar donde la vida terrenal hizo sus experimentos ensayando con naturaleza y belleza, cultura e historia, clima y geografía. Ese lugar en el mundo, privi-

legiado, era México... Por donde quisiera que fueses, a donde quisiera que mirases, escuchar, sentir, oler... te regalaba experiencias de éxtasis difíciles de escaparte de ellas. A donde llegabas te querías quedar, donde te quedabas no querías irte.

Ya había conocido muchas regiones verdaderamente espectaculares, en diferentes continentes, pero para mí México era una de ellas, a pesar del malogrado mundo político que todo lo corrompía y contra el que se expresaba el griterío de trabajadores, manifestantes del Seguro Social, que en esos momentos caminaba desde el monumento del Ángel de la Independencia, en el Paseo de la Reforma, hasta el Zócalo, la plaza icónica del país y asentamiento representativo de la primera autoridad de la nación.

Me los estaba imaginando. Por un momento mi cabeza se olvidó de mis elucubraciones personales y, a medida que abandonábamos los cielos de la gran ciudad azteca, sentí lastima por las consecuencias de lo que estaba sucediendo ahí abajo. Los trabajadores de uno de los grupos laborales más grandes del país habían prometido paralizar todo el territorio nacional si las Cámaras legislativas aprobaban la ley, a la reforma de las pensiones, que en poco o nada les iba a beneficiar a ellos. Al contrario, la nueva reforma postulada por una camarilla de torpes servidores públicos, era similar a la ley del cangrejo, daba marcha atrás en múltiples beneficios logrados a lo largo de años de testarudez reivindicativa. De nada habían servido los meses y meses de paciencia amenazando al Gobierno de Vicente Fox con un derrocamiento subliminal. Ahora, ya era demasiado tarde para impedir una votación parlamentaria acordada entre unos y otros políticos, pero sí, era el momento oportuno, para dar inicio a sus amenazas, y, eso era, justo, lo que estaba sucediendo en las calles de la ciudad que yo dejaba atrás.

Creo que mi otro yo no entendía mucho lo que le estaba explicando desde el envío mental de mis reflexiones. Quizás se sentía más cómodo con mis conjeturas personales que con mi inesperada actitud de traer a la mente cosas tan complejas como es sentir el dolor o la gloria de la realidad en la que vives.

Su respuesta eran preguntas.

Necesitaba más información para poder entender.

Él había venido a recogerme desde un continente donde, en el fondo, los procesos sociales son homogéneos a cualquier realidad del planeta, pero, donde sí, las formas, evolucionan mucho, y esa diferencia de tránsito, es lo que marca también la diferencia a la hora de entender, mejor, o peor, lo que sucede en países ajenos al de uno.

Curiosamente, yo siempre me sentí atraído por la actividad política, no tanto el dedicarme a ella, sino por todo lo que ella implica de fenómeno social. De ahí que, nunca he estado lejos, o nunca me he apartado de esa «afición» similar a la de los seguidores de un club deportivo siempre fieles al curso de los acontecimientos de manera atenta y curiosa. Sin embargo, seguirle el ritmo a la política y a los políticos mexicanos, es agotador.

El duro golpe recibido por el partido priista en las urnas en julio del 2000, al quedar su candidato, Labastida, fuera de la casa de Los Pinos, los colocaba en una situación de oposición, en la que no tenían nada de experiencia, pero, que, sin embargo, pronto comprendieron que debían tomar posiciones radicales que frenasen el avance del país..., «frenar el avance del país». Ningún pacto, ningún acuerdo, ninguna concesión que le diera al partido gobernante, el PAN, la imagen de estar haciendo bien las cosas.

El paso del sexenio no sería más que un simple ejercicio de paciencia entre una legislatura dejada atrás y otra que estaba iniciándose.

Llegar al 2006 solo era cuestión de paciencia. Aguantar el santo en la procesión. Impedir todo aquello que los pudiera distanciar de la simpatía del pueblo y apoyar el mínimo de pactos para no proyectar una imagen que los señalara como causantes de un posible derrumbe nacional si los pactos, no eran lo suficientemente sólidos como para dar firmeza a la clase ciudadana.

El «otro», que me escuchaba atento, reafirmó que, más o menos como sucede en España, pero que quizás, los mexicanos, actuaran

con poca astucia diplomacia y un increíble descaro de abuso político.

En definitiva, no sé si mi «otro yo» entendió lo que en mis conjeturas trataba de explicar, que México no se entiende en un rato. Que México es un país poliedro desde lo imaginable. La divinidad le ha dotado de excesivos hermosos privilegios que conforman una tierra única, por algo, la llaman, de María Santísima, Guadalupeana familiarmente, expandiendo a lo largo del planeta un peculiar atractivo ecológico, cultural y místico que favorece con creces el perfil nacional, y hace, de propios y extraños, el lugar idóneo para producir riqueza a pesar de los muchos depredadores que se multiplican como gusanos a lo largo y ancho del territorio, sin ningún sentido de nación o progreso, solo, ambicionando el cúmulo de poder personal que les haga inmunes ante cualquiera de los poderes del Estado.

Mi extraño acompañante quiso saber más, aunque le advertí que ni siquiera yo entendía del todo, la realidad política mexicana hacia la que sentía mucha lástima.

El silencio en el asiento de al lado era diferente del silencio que podían percibir los demás pasajeros, empeñados en acomodar una rutina que los acompañara a lo largo de poco más de 11 horas de vuelo. El silencio de mi otro «yo» me indicaba que no dormía, que solo trataba de procesar la información que le daba.

—Descansa —le dije y me dije. Descansa hasta que nos llegue la hora de la cena.

3

En el sueño entrevelado por los sonidos sordos de los motores del avión, me vi corriendo en una infancia que se abría camino entre los extensos trigales de Castilla.

A mi madre la encantaba llevarme a visitar los palomares, especialmente después de la siega, cuando arreciaban como diminutos torreones en la entrada o en la salida de cada pueblo castellano. Se sentaba junto a mí en la fresca sombra de un árbol veraniego y gesticulando con señoría elegancia, me narraba historias inventadas al calor de su imaginación, después, sacaba el pan y el queso envueltos ambos en una servilleta a juego con el mantel que tocaba esa semana en la mesa de la casa. Yo renegaba para comerme el queso, prefería el pan untado con aceite de oliva y sal, pero a los paseos por las praderas colindantes de la ciudad, solo llevábamos un pequeño zurrón medio elegante, de tela, no de cuero, donde cabía poco más del pan y el queso con una pequeña botella de agua, lo suficiente para refrescar mis correrías.

A mi madre la gustaba leer. Fue su pasión más peculiar. Leía de día, leía de noche, se organizaba de tal modo que siempre tenía tiempo para leer ella, y para leerle a los demás. Y, mientras yo mataba bichos, trenzaba juncos y desyerbaba los restos de la siega, mi madre leía con su pañuelo moro claro, enredado en su cabeza, regalo de Tetuán de mi padre, pero siempre, con uno de sus dos ojos pendiente de mí.

Por lo general, acostumbábamos a tomar la vereda que marca el centenario Canal de Castilla, en especial, por aquellas partes lejos

de las grandes dársenas, donde el agua se deja querer fácil por una mujer y un niño, ajenos a los habituales pescadores de cangrejos, barbos y truchas.

En ocasiones la convencía para que me llevara a tirar piedras a la orilla del río Carrión, desde los ojos del puente romano, a espaldas de la Bella Desconocida, la catedral de Palencia.

A alguien, mayor que yo, le había escuchado decir que estaba lleno de ratas, y cada piedra que yo lanzaba, me embriagaba la imaginación de una espeluznante masacre de asquerosos roedores triturados por el laberinto geométrico del golpear de las aguas.

Luego me escapaba hasta el Sotillo, el jardín natural a la derecha del curso del río. Su espesura siempre me pareció un mar de fantasías, y aun ahora, que pecho de grande, me gusta imaginarme prisionero de sensaciones infantiles, porque, seguía siendo cierta, la grandeza de sus árboles, su edad y su espesor, dejándote generosamente que juegues con tu imaginación.

Tenía conocimiento de que muchos coetáneos de mi edad sentían pavor en ese jardín boscoso. Yo, al contrario, traía a mi madre que acostumbraba a gritarme cada vez que la espesura me tragaba y era presa de sus conjeturas.

Ya no me gustaba tanto el lugar, durante la verbena de San Marco, el 25 de abril. Ni todo el folclore que se organizaba por ese motivo. Ni me llamaba tampoco la atención los sabrosos olores de avellana garrapiñada, ni la azúcar dorada que todos los niños campestres debían de llevar en la mano derecha.

Escaso entusiasmo despertaba en mis los diferentes juegos: coches chocones, cestas voladoras, tíos vivos, trenes de las brujas... Sentía que todo, y todos ellos, usurpaban mi bosque, mis secretos, la paz de sus fantasmas.

A regañadientes me sumaba en los juegos de mis amigos, escapados también ellos, de las conversaciones de los mayores que se deleitaban al sabor de la limonada fresca, los vendedores, que, por cierto, aborrecían el ejército de niños corriendo entre su público absorto en el mundo de las ofertas del «llévese una y le regalamos

otra». Esos chavales siempre estorbando a propios y extraños con nuestro jugar a tocarse, o a esconderse, pero sin arrebatarse a nadie el mérito a la embobada atención de la gente que, casi siempre, terminaba a favor del charlatán de la feria.

Era divertido darse cuenta del reguero de vecinos regresando a sus casas, bien entrada la noche. Parecían castigados penitentes, cargando, la mayoría de ellos, con montones increíbles de cosas inútiles, complacidos por el convencimiento de que habían realizado una buena compra engañando al charlatán que les daba más por menos dinero.

Así se expresaba el sentimiento predominante en cada verbena. Había que perder dinero en los tiros de escopeta, en las tómbolas de variedades, en las mesas de los dados; se asumía la destreza de los cubiletes zigzagueando en la mesa de formica por las manos callosas y diestras del feriante; era más elocuente perder que ganar, ello te daba pie a un montón de especulaciones en los corrillos de los adultos, que luego se pasaban las horas viendo bailar a los más desenvueltos en el terreno, regado, delante del improvisado templete, con la orquesta de moda, que recorría sin descanso las fiestas de los pueblos.

Los que se atrevían a bailar eran también parte del folclore campestre, casi siempre las mismas parejas, ya conocidas, junto con los dos, o tres, loquitos acostumbrados a verse en todas las reuniones públicas, en las novenas de las iglesias, en los principales desfiles conmemorativos, o allá donde el motín callejero era causa de escándalo y noticia. A la mayoría le gustaba ver bailar, no bailar, y pasar de oreja en oreja con el que tenía, al lado, las ridiculeces o los chistes que les sacaban a cuantos se movían a compás de lo que se tocaba.

El resto de la fiesta era olor y olores.

Olores de todo, desde sardinas asadas, pinchos morunos, morcilla frita, gambas a la plancha, champiñones al ajillo, chorizo rostizado, chuletillas de cerdo, y, caracoles, muchos caracoles exquisitamente guisados, era lo típico junto a la limonada y la cerveza

bien fría. Aun no llegaba el amplio abanico de refrescos que hoy tenemos, así que, también los pequeños le entrábamos a la limonada casera sin prejuicio alguno; natural y reposada desde días antes en vasijas de barro de cien litros altamente sustanciadas con frutas frescas, canela y azúcar.

Aunque yo era parte de ese alboroto popular, y disimulaba, como debe ser, mis propios secretos y sentimientos, respecto al parque, no quedaba suficientemente a gusto hasta que la traca de medianoche no marcaba el final de la celebración y señalaba el comienzo de un rápido desalojo de cuantos puestos y carpas habían sido improvisados para responder a la marea de gente que, durante apenas, una sola jornada, celebraba a su modo, la fiesta del santo patrón, devoción casi exclusiva de la barriada donde estaba ubicado el parque, curiosamente, muy cerca de nuestra casa.

El ritual, de los fuegos artificiales, de mirar al cielo, dejando caer lluvia de asombrosas exclamaciones, pintaban de luz, por unos minutos, el velado universo por encima de la espesa arboleda.

Ráfagas de pólvora se convertían en esplendorosas estrellas de colores jugando a desaparecer ante la vista de la ingenuidad infantil que siempre se pregunta ¿y a donde Irán a parar esas luces fosforescentes?

Nunca se hacían eternos los fuegos pirotécnicos.

Las miradas de todos, siempre agradecidas, y cómplices ante la admiración de cualquier descubrimiento de algo diferente a lo de años anteriores, provocaba un derroche de aplausos que agradecían los artesanos de la pólvora al corroborar, ante un público exigente, que les motivaban a buscar el esmero y lo nuevo para otras oportunidades, haciendo luego, de la traca final, el gran despliegue de estruendosos adioses, como dejando escrito, en el aire, con la tibia nube de humo trenzada en la oscuridad de la noche, un «¡hasta la próxima!», mientras la gente regresaba a la casa, familia tras familia, pareja tras pareja, amigos en grupo, o solitarios, que se empujan, sin ofensa alguna, en el desandar del puente romano, que es estrecho, y caben pocos, pero, no importa, regresan satisfechos

a sus casas, indiferentes si se empujan o no, pero hipnotizados, por la llamada del descanso.

Mientras tanto, las ratas, en el agua, de seguro, asustadas ante los extraños movimientos de la noche, presienten que ese no es el orden acostumbrado. Lo más que agradecían, era, cuando los que habitaban arriba, llegaban en la noche, sin fiesta alguna, sigilosos y escondidos en la bruma, a arrojar al río las basuras prohibidas de la ciudad, deleite y manjar para ellas, pero esas noches no, esas noches de verbena en la superficie, no eran de su agrado.

Yo sentía lo mismo que las ratas. Quedaba a gusto cuando por fin el bosque, pequeño, y para mi encantado, se liberaba de todo ese trasiego de personas y cosas. Así pensaba, piadoso y lastimero, camino de la casa tomado de la mano de mi madre, maquinando de que dispondría de otros momentos para venir nuevo, y comprobar, que allí seguían estando parte de mis sueños.

Un viaje largo, y más, si es un viaje irrepetible, da para soñar mucho.

Desperté apenas lo suficiente, para comprobar que el asiento de al lado seguía vacío de pasajero visible. Sin embargo, alguien como yo, invisible, me estaba provocando los recuerdos.

Volví a dormirme.

Cuando mi madre me enseñó a leer, lo hizo con los clásicos, no tuvo piedad para darme tiempo a habituarme con historias leves que deleitaran un lento proceso de emociones y angustias.

Apenas me dejó escudriñar en el universo del cómic haciendo de las historietas de moda alguna de las mejores colecciones que un niño se pudiera imaginar, mientras mis hermanos veían siempre la manera de hacer negocio, con mis esfuerzos, cambiando por dinero y juegos, lo que para mí era todo un proyecto de colección, sacrificio, ahorros y empresa.

Yo iba a las plazas los domingos, y me dedicaba al trueque; cambiaba, vendía, compraba, mis objetivos estaban perfectamente marcados, siempre tenía dinero de lo poco que yo disponía para mis diferentes operaciones comerciales y superaba, de la mejor manera posible, los conflictos con mis hermanos, para quienes la vida solo era un juego de calle y las dulcerías de la esquina.

A los 12 años, Garcilaso, Quevedo, Lope de Vega, Teresa de Ávila, Hermann Hesse, Federico García Lorca, ya estaban familiarizados conmigo, sin dejar de lado a Salgari, Walter Scott y otros clásicos más aventureros que moldeaban la parte más sugestiva de mi imaginación.

Los clásicos me llevaban a dudar de los adultos porque expresaban ideas que yo entendía.

De niño siempre me tuve miedo a mí mismo.

Pensaba demasiado y sospechaba que había penetrado, sin permiso, en el mundo de los mayores y que si ellos se enteraban, mal

me iba a ir, pues continuamente tenía dudas de las aseveraciones que defendían, ya que a cada momento los agarraba en brutales contradicciones que me hacían sospechar, las mentiras con las que nos atolondraban a los más pequeños.

Dos mundos.

Dos mundos.

Siempre creí en la existencia de dos mundos o realidades, la de ellos y la nuestra. Y en parte, justificaba sus contradicciones, porque me decía a mí mismo que así tendría que ser, pues la gente menuda poco entiende lo que los mayores sufren, o padecen, o proyectan, y que solo, al llegar a ese nivel de adultez, seríamos capaces de comprender por qué las cosas tenían que ser de la manera como nos las hacían creer.

Además, en aquel tiempo era constante la frase que te soltaban como un azote brutal: «Esto es así porque así ha sido siempre y lo seguiré siendo». Y yo me veía distinto, no encajaba en ese escupitajo de vieja costumbre que, más que someterme asustado, me asqueaba, y salía corriendo a discutir, conmigo mismo, por qué tenía que razonar lo que nadie de mi edad ponía en evidencia.

¡Malditos libros!, seguro que ellos eran los culpables de esa controvertida crisis existencial que no me quitaba de encima y que me encantaba rumiar al igual que las vacas de mi amigo Pepe. Me arrinconaba en cualquier espacio de los que ya tenía asignado cuando me lanzaba, pletórico, por la vía láctea de mi imaginación, y me quedaba prendido en el afán de poder ahorrar más, para comprar más libros.

Pero no acusaba a mi madre de nada, porque ella, de una forma callada, hacía, sin decir, y, como no tenía culpa, tampoco era candidata a perdón alguno.

Ella dejaba con sutileza las cosas a su paso, los libros, las revistas, los recortes, tolerando, igualmente, la libre interpretación que los demás daban a esas sutilezas. Y yo, la veía cada tarde, sentada en una silla de cómodo cojín, rodeada de vecinas, sentadas, igualmente cada una de ellas en sillas bajas de costura, afanadas en sus

trapos y zurcidos, escuchando las historias, que con nítida paciencia deshilaba mi madre con el alma del mejor dramaturgo de moda, de la radio.

Era un ritual de las tardes frescas de verano, que dejaba cada día un largo poso de deseo, listos para el día siguiente como reza en el cartel taurino de cada temporada, «si el tiempo lo permite», y así, observándola, sin que nada, ella, dijera, hacía yo, sin decir tampoco nada.

Iba y venía de la biblioteca, ahorraba y compraba, leía y soñaba, escribía, rompía, borraba, guardaba, releía, volvía a romper, volvía a escribir y a guardar, y nunca se acababa la tarea, porque nunca llegaba a la plena satisfacción de mis satisfacciones.

¡Qué calvario! Un verdadero masoquismo tempranero, ausente, del juego destructor de nidos, de poner trampas en la casa del borracho del pueblo o de llegar a campeón con el trompo y las canicas, nada de ello era desconocido en mi cotidianidad, pero, no era cotidiano en mi empeño de cada día, y estaba decidido a dibujar, con lo más diverso de los garabatos, la salida de una infancia que arrastraba muchos amigos pero también muchos enemigos... incompresible, para ellos, mirar más allá de la última curva a la salida del pueblo.

Mi madre viajaba en el tren de madera, de Villablino a Ponferrada.

En Cerredo, lo más al sur de Asturias, tomaba el autobús que la llevaba, en horas de madrugada, hasta Villablino, y ahí la cuenca minera leonesa, compartía la vía de carga de carbón con un único tren de pasaje ida y vuelta hasta Ponferrada, la villa más relevante de la región, desde donde, dolorida y carbonizada, tomaba el tren regular que llegaba de la Coruña, con destino a Barcelona, haciendo toda la travesía por las tierras de León, hasta llegar a Palencia, libre ya, de los avatares de un incómodo y peligroso viaje. «¿Quién me habrá mandado a mí a salir de esta pacífica ciudad para irme a vivir a una tierra de locos?», decía ella, casi en voz alta, cada vez que saltaba hacia el andén, cargada con sus bolsas.

Pero el afán de una vida mejor, resultado de un sueldo mejor, estaba provocando, en España, uno de los fenómenos inmigrantes más desordenados jamás conocido. Allá donde a alguien se le ocurría decir que pagaban bien, salían corriendo multitud de familias, arrastrando las miserias que desde el final de la guerra civil cargaban con humillante resignación.

Palencia, era una de esas pequeñas ciudades, de juguete antiguo, que nunca perdió su encanto, mientras se empeñaba, con afanosa prudencia, en entrar a la modernidad urbanística sin provocar el perfil románico y gótico que caracterizaba su orgullo urbano. Pero no tenía más. La fama de su producción de mantas de lana, no daba para comer a sus habitantes que veían urgente el salir a buscar sus sueños allá donde la industria les aseguraba un trabajo y un salario holgado.

Desperté con la sensación de haber soñado, a medias, en sintonía con ese otro que había venido a buscarme, y que ocupaba el asiento libre.

Preferí no proponerle el riesgo de comparar recuerdos; me dio miedo no coincidir en la exactitud de los mismos.

El encuentro con mi madre fue menos atroz de lo que mi padre por teléfono me hizo imaginar.

Yo tenía pavor de contemplar su rostro desdibujado, borroso, lacónico, moribundo... antagónico, al que yo cargaba en mi mente y había dejado para el último momento decidir qué actitud tomar.

El viaje, en taxi, desde la estación hasta la casa de mis padres, no me proporcionó el tiempo suficiente para terminar de preparar los últimos minutos previos a ese encuentro, y, la charlatanería del taxista distrajo cualquier intento de reflexión y silencio ante los instantes más nerviosos y preocupados de todo ese largo viaje a través del Atlántico.

Al taxista solo le faltó darme su teléfono y dirección, para salir a tomar unas copas la tarde de su día libre. Las etiquetas de mi maleta le recodaron a unos parientes lejanos, que meses atrás, lo habían visitado llegados de las Américas.

El zurcido de la brisa de la tarde acaricio cómplice mi mirada hacia el balcón, que arropado de claveles veraniegos, mostraba tristes los ojos de sus ventanales cerrados casi a cal y canto, dejando entrever la férrea caída de sus visillos indiferentes a la habitual costumbre veraniega de mantener abiertos de par en par los ventanales.

Esa cerrazón visual golpeó, carrasposa y fría, mi sensibilidad y, por primera vez, sentí miedo de seguir adelante ante lo dudoso de cuanto me esperaba apenas el ascensor me dejara ante la puerta, mostrando así, contundentemente, que ya estaba ahí, que había

llegado dejando atrás el mundo de lo cotidiano y que algo especial me esperaba una vez cruzase esa puerta familiar.

Lo mejor era no pensar en nada, ya el mundo se había parado y yo me encontraba lejos de su vorágine, ya no era tiempo de preguntarme dónde estaba y qué hacía parado ahí.

Solo necesitaba cruzar el dintel de la puerta, llamar con los nudillos de mi mano aferrados a la tensión que necesitaba descargar. El timbre sonaba artificial. En varias ocasiones le había comentado a mi padre que lo cambiara por otro de tono más dulce, más acogedor, pero nunca me hizo caso, y ese sonido, a lata vacía, no me permitía experimentar la sensación de una bienvenida alegre al encontrarme frente a la puerta de la casa paterna... regresar, tocando la puerta de la casa familiar que tantas veces había sido motivo de travesuras y conflictos. Esa puerta que frenó muchas angustias de adolescente y tantos problemas de joven cuando llegabas frente a ella, y eran minutos, parecidos a horas, los que retenían el drama de tu forma de llegar, tragando saliva, o restregando los ojos con las mangas de la camisa, antes de decidir qué hacer, o cómo atravesar ese umbral sin ser notado, casi invisible, para no tener que mentir o decir lo que no se quiere contar, escondido solo en la máscara de la incomodidad perturbadora de cuanto conflicto encierra el día de un adolescente, y que la tabla de madera que preside el paso al hogar, sabe acoger, discreta, con humilde prudencia, permitiéndote desahogar, apoyado, frente ella en silencio, los misterios y los miedos que traes a cuestas, de la calle.

Nunca se me había ocurrido pensar en todo esto. En el gran papel que juega en la vida de las personas la puerta de la casa, siempre fiel, vigilante y firme para cuidar a los de adentro y acoger a los de fuera, dar el alto, al inconveniente, y resistir cualquier avatar que provoque la ira de sus inquilinos tragándose sin rechistar cuantos insultos y gestos obscenos la propicien... patadas, amenazas, rayones, adheridos, basuras... todo un abanico de aguantes que solo ella, la puerta, es capaz de soportar en base al papel que juega y del que se siente totalmente orgullosa, máxime cuando es también al mismo tiempo cómplice y parte, del amor y la picardía,

de los besos adulzados frente a ella, las caricias y los compromisos pactados ante su mirada como sello de tantos sueños o promesas que se hacen y luego no se pueden cumplir, pero que resume en ese espacio que ocupa, importantes tomas de decisiones, antes de enfrentar a cualquiera, al peligroso ejercicio de atravesar ese marco y compartir con cuantos adentro esperan.

Solo después de cruzar el umbral, pensé vagamente que la sensación del Otro, el que me había acompañado, incluso durante el trayecto con el taxista charlatán, se había desvanecido.

Como si se hubiera quedado fuera de la casa.

Como si este nuevo tramo del viaje lo tuviera que hacer yo solo.

Para sorpresa mía, a mi madre la encontré increíblemente bella, radiante, como si la enfermedad la hubiese convertido en algo mucho más hermosa de lo que ya era.

Mi madre se estaba muriendo.

Pero se resistía a morir sin elegancia.

Y no iba a permitir que la muerte cuestionara lo que había sido la vida para ella, un paseo por el jardín de lo humano.

Me sonrió sin mucho titubeo, como si me hubiese visto el día anterior.

Nos abrazamos y estuvimos un rato apretados el uno con el otro sin lágrimas.

¡Cuánto habían cambiado las cosas!

Lo sorprendido era para mí, no para ella, que navegaba por espacios superiores a mi fragilidad y que solo con los gestos, pareciera entender, lo que necesitaba entender.

Desde ese momento, empecé a ser consciente de la transformación que los mayores suelen experimentar en la etapa final de su vida, y cómo los gestos, a partir de ese día, serían parte primordial para los dos en todo lo que nos quedaba por entender.

Mi mundo dependía demasiado de las palabras, un mundo inquieto y siempre con prisas, en contraste con la serenidad de los adultos, faceta primordial de su lenguaje, y del que a partir de ahora, también yo necesitaría estar dentro de él.

